

Memoria de tres filósofos latinoamericanos

Zdenek Kourím

En el lapso de los tres primeros años de la década precedente, la filosofía americana ha perdido a tres de sus más eminentes representantes: el argentino Risieri Frondizi, el mexicano Francisco Larroyo y el chileno Jorge Millas. Su pensamiento, aunque poco conocido en Europa –incluso en España– influyó y continúa influyendo de una manera apreciable no solamente en sus países respectivos, sino también en todo el continente americano.

* * *

Francisco Larroyo (1912-1981)

Discípulo de Antonio Caso (uno de los «fundadores» de la filosofía –filosofía que pretende sobrepasar la condición de epígono– en América Latina), Larroyo terminó sus estudios en Alemania (1931-1934); después de volver a su patria, se doctoró en filosofía y pedagogía, fue nombrado en 1954 profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y cuatro años más tarde llegó a ser el director de la misma. Entre las numerosas funciones que ocupó, hay que mencionar al menos la de Presidente del Comité Internacional de la Sociedad de Filosofía durante los años 1963-1968; también fue miembro del Instituto Internacional de Filosofía. Su amplia producción filosófica y pedagógica (muchas veces reeditada) engloba la elaboración de unos manuales trabajos de historiador de las dos especialidades aducidas y, naturalmente, escritos nítidamente teóricos. He aquí algunos títulos entre los más significativos: *Los principios de la ética social* (1934), *La filosofía de los valores* (1936), *Bases de la pedagogía* (1944), *Historia de la filosofía en Norteamérica* (1946), *El existencialismo. Sus fuentes y sus direcciones* (1949), *La filosofía americana. Su razón y su sinrazón de ser* (1958), *La antropología concreta* (1961), *El positivismo lógico. Pro y contra* (1968), *Sistema de la estética* (colaboración de E. Escobar, 1969), *Introducción a la filosofía de la cultura* (1971), *Sistema de la filosofía de la educación* (colaboración de E. Escobar, 1973), *Filosofía de las matemáticas* (1976).

La primera y decisiva inspiración filosófica de Larroyo proviene del neokantismo alemán (en 1937 fundó el «Círculo de los Amigos de la Filosofía Crítica» y la *Gaceta Filosófica de los Neokantianos de México*), inspiración que alcanzó a adaptar, de modo creador, a la circunstancia latinoamericana y que enriqueció con su experiencia-reflexión personal. Si su definición de la filosofía —«la filosofía es una teoría de la concepción del mundo y del valor de la vida»¹— casi no cambia en el curso de los años, el contenido evolutivo de los conceptos incluidos en ella la fue ampliando y ahondando. Así que de una actitud cuyo proyecto apenas traspasa el estado de ideación por falta de precisión/capacidad metodológica (el idealismo crítico) y en la que la filosofía podría contentarse con desempeñar un papel de «una teoría de los valores culturales»², Larroyo llega, al través de una autorreflexión, «una torsión del pensamiento sobre sí mismo»³ dentro de la cual se elabora el procedimiento que permite un contacto activo y transformador con lo real, a la práctica integrante de un «personalismo crítico»⁴.

¹ «Pensamiento y obra del idealismo crítico en México», in *Filosofía y Letras, México, 1949*, núm. 36, pág. 189. Definición que el autor explica: «Bajo el término "concepción del mundo y de la vida" se entiende la peculiar manera del hombre de conocer y valorar la existencia y de actuar en ella en variadas y permanentes formas» (ibid.).

² Ibid. p. 190.

³ La filosofía americana. Su razón y su sinrazón de ser, *México, U. N. A. M., 1958*, p. 157. «La filosofía es reflexión, la reflexión por excelencia, una vuelta del hombre por sí mismo, que, sorprendido, trata de explicar en su hondura los productos de su propia obra: ciencia y arte, existencia religiosa y vida moral y política. El pensar filosófico es aquella creación de la cultura humana que toma conciencia de sí misma» (ibid., p. 59). Y, como tal, «va en pos de un conocimiento radical: es un pensar sin supuestos previos, pues suya es la tarea de descubrir la esencia y sentido de toda hipótesis de trabajo teórico» (ibid., p. 157). Del punto de vista de la evolución del pensamiento de Larroyo, sería interesante comparar los matices de las definiciones de la filosofía contenidas en sus libros; definiciones que no difieren fundamentalmente y en las cuales se acentúa solamente más o menos un aspecto que podría llamarse dinamismo totalizador: no hay acceso privilegiado al saber general; la contemplación analítica de la cultura convierte la filosofía en «ética y lógica, estética y erótica, teoría de la religión y mística», mientras que su estudio sintético desemboca en las disciplinas siguientes: «la axiología general, la antropología filosófica y la filosofía de la historia» (*Sistema de la estética, 2ª ed., México, Porrúa, 1979*, p. 24). Globalmente, «la filosofía es una reflexión por principios, metódica, sistemática y demostrativa, de segundo grado y, por tanto, totalizadora y dialéctica, acerca de la cultura humana, a título de una teoría de la concepción del mundo y valor de la vida». Su método no puede pues coincidir con el de las ciencias; buscando «una idea de totalidad» e indagando «verdades últimas», la filosofía «parte de la experiencia» para elevarse «a los principios. Ese proceso se llama vía trascendental y posee un carácter reductivo. Trascendental, porque encuentra los principios ascendiendo a puntos de vista superiores; reductivo, en virtud de que los principios, por ser principios, son fundamentos límites». Esta «reflexión reductivo-trascendental es un método discursivo. Actúa forjando, primero, hipótesis, que después trata de verificar» (Introducción a la filosofía de la cultura, 3ª edic., México, Porrúa, 1978, pp. 27-28).

⁴ Cfr. *Edmundo Escobar*, Francisco Larroyo y su personalismo crítico. Génesis, sistema, polémicas, apreciación (México, Porrúa, 1970).

Éste «no sólo declara que la persona constituye la más alta dignidad de la vida (personalismo axiológico), sino que al propio tiempo es la clave de la existencia toda (personalismo ontológico). El hombre en cuanto persona es sujeto y protagonista (creador y portador) de la cultura humana». La interrogación filosófica, so pena de traicionar su misión originaria, tiene pues que desembocar en unas soluciones concretas (de lo que infiere la conexión necesaria entre las dos vertientes de la obra de Larroyo), dado que precisamente «la persona es el punto de intersección ontológica que da consistencia y sentido a la realidad»⁵.

Así, «la filosofía auténtica», al justificar su pretensión totalizadora, se identifica con la «vida intelectual y su valor es claro: pasa de lo verbal a la realización; exige *saber hacer* a la par que *saber decir* lo que han hecho los demás». El «crecimiento del saber», considerado como «esfuerzo, empuje ascensional»⁶ no puede ya explicarse, en su fase actual, únicamente por la preponderancia de la fuerza atractiva de esos valores que «poseen una estructura ideal, eidética, universal, eterna», por la sola «voluntad axiológica» merced a la cual el sujeto «se eleva a la categoría de *persona*»⁷. El acto de filosofar, la «filosofía subjetiva» aparece realmente más compleja —como puesta en obra de las esencias «inmanentes o inherentes a la conciencia», las cuales, desprovistas de ese aporte dinámico, perderían no solamente su actualidad sino, probablemente, hasta su razón de ser. La cultura, «expediente de seguridad» del individuo que anhela las certidumbres y la comprensión, «el elucidario de la existencia» de éste, es un continuo proceso creador en/por el cual el hombre se expresa y se define. Se trata entonces de una interdependencia de lo objetivo y de lo subjetivo, de una solución que Larroyo califica de «integrativa» y en la que la pregunta sobre la primacía ontológica de la existencia o de la esencia carece de sentido: «La existencia tiene formas, formas culturales. La forma cultural sólo arraiga en la existencia, en la vida humana. El hombre es hombre por su existencia cultural»⁸.

Busca, a través de ella, su propia unidad, y a medida que está constreñido a hacerlo —para no quedarse hundido en la heterogeneidad de su circunstancia—, la actividad de filosofar «es *algo* que le ocurre al hombre de

⁵ F. Larroyo, *La filosofía iberoamericana*, 2ª edic., México, Porrúa, 1978, p. 151.

⁶ «Discurso do Prof. Francisco Larroyo», in *Filosofía. Anais do VIII Congresso Interamericano de Filosofia e V da Sociedade Interamericana de Filosofia*, vol. I, São Paulo, Instituto Brasileiro de Filosofia, 1974, p. XVIII.

⁷ *La filosofía americana*, pp. 290-291. «La persona, en suma, es el sujeto que labora por el advenimiento de la Idea; la Idea, la suprema ley que armoniza las dignidades humanas, la ley del querer en todas sus nobles direcciones» (ibid., p. 292).

⁸ «Comunicación de tema general: *Cultura y Existencia*», in *Filosofía*, vol. I, pp. 100-101.

una manera inevitable» y persistente. En la ontología se llega al máximo a unas adquisiciones provisionales, nunca hasta certezas definitivas; «como saber teórico, la filosofía es un sistema abierto, y no sólo en su conjunto, sino en cada una de sus disciplinas». Si podemos decir de ella que «es la autoconciencia intelectual de la cultura»⁹, hay que añadir que se trata «de la cultura en marcha»¹⁰.

No extraña pues cuando Larroyo toma al cabo el valor por «un concepto de relación»¹¹ que expresa «la idoneidad de un medio respecto a un fin» y supone que «la conciencia axiológica» no se deriva de ningún absoluto extrahumano, sino, al contrario, se forma a través de una «dialéctica de los valores», reflejo y agente del movimiento histórico, por un verdadero «acto estructural» que implica toda la persona orientándola hacia una «sintonía de los valores», siendo concebida ésta como una meta por alcanzar (o principio axiológico). Lo que pertenece al hombre esencialmente es su querer progresar en conformidad con una regla que se «puede llamar la ley de la *extralimitación*»¹².

Apoyada en tales bases generales, la antropología filosófica discierne después «dos grupos de exclusivas» encerrados en el ser humano y que le caracterizan: «a) exclusivas ópticas, y b) exclusivas axiológicas». Son las siguientes: a) autoconciencia; intencionalidad, abstracción y objetivación; libertad y singularidad; temporalidad y futurización; tecnicidad; b) finitud; conciencia de la muerte; preferibilidad; sociabilidad y comunicación. Ellas originan, a su vez, concretándose, los diferentes «tipos humanos». Esta parte de la doctrina del filósofo mexicano se refiere al mismo tiempo a la «antropología concreta» y a la pedagogía teórica, asegurando la transición lógica entre ambas¹³.

En la óptica de Larroyo la exclusiva de tecnicidad se revela ser una de las más importantes: el concepto de *saber hacer* no significa otra cosa. Ahora

⁹ Introducción a la filosofía de la cultura, pp. 24, 30, 48. *La necesidad del pensamiento filosófico como baluarte contra la inseguridad que amenaza al hombre es uno de los temas bien conocidos de Ortega y Gasset (Larroyo reconoce su influencia mayor en América Latina; cfr. La filosofía americana, pp. 139-164 y/o La filosofía iberoamericana, pp. 128-134); cfr. por ejemplo Unas lecciones de metafísica, Madrid, Alianza, 1966, pp. 132, 172.*

¹⁰ Francisco Larroyo, *Filosofía de las matemáticas*, México, Porrúa, 1976, p. 265.

¹¹ *Sistema de la estética*, p. 372.

¹² Introducción a la filosofía de la cultura, pp. 160-164. «*La vida humana es una vida dentro de límites, sí, pero que al propio tiempo jamás se aquietta. La persona es un ser abierto a lo mejor; escucha con frecuencia el llamado de un excelsior, aunque no lo siga. El hombre es un ser finito que se propone una tarea infinita*» (ibid.).

¹³ Francisco Larroyo, *Sistema de la filosofía de la educación*, 3ª edic., México, Porrúa, 1980, pp. 240-244. *Se trata de un texto que ya figura en Introducción a la filosofía de la cultura (pp. 172-176), pero completado por la «exclusiva óptica» de «tecnicidad»; aditamento sintomático para la evolución del pensamiento del autor.*